

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Josefina Gómez Subirán, 77

Victoria Salas Luna, 22

MI RECUERDO PARA JOSEFINA

Dicen que el amor a primera vista no existe. Que sólo es una leyenda, un mito. Pero yo puedo afirmar que existe. No me lo han contado. Lo he vivido. Junto a Josefina, el gran amor de mi vida. No importa que día fue ni en que momento, sólo importa que unos ojos con un brillo especial se cruzaron en mi camino.

Nuestra historia comienza un día cualquiera de un año cualquiera. Y todo por una lámpara...

Aquel día iba a ser como otro más. Mi tía, dueña de un taller de moda, me dijo que fuera a arreglar una lámpara. ¡Otro arreglo más!, pensé. Pero ese día me crucé con los inocentes ojos de una niña de 13 años. Supe que ese momento iba a marcar un antes y un después. Sabía que ella no se había percatado de mi presencia. Afortunadamente, mi tía le pidió que me sujetara mientras yo arreglaba la lámpara. Los nervios de la pequeña Josefina hacían que ella temblara y yo también. La miré y le dije ¿Qué quieres, que me caiga? En vez de sujetarme la mesa no haces más que moverla. Su reacción fue mínima. Seguía igual de vergonzosa, mis palabras la pusieron más nerviosa y me fui del taller sin conocer más acerca de ella. Pero, no me di por vencido. ¡Con lo machacón que soy yo! Quería conocerla, me había enamorado de ella y no iba a dejarla escapar.

Decidí esperarme en la acera de enfrente. Hacía frío y el reloj marcaba muchas horas. Pero no me importó el tiempo. Sólo quería conocerla. Cuando vi que salió de trabajar me alisé el pelo. Me arreglé los pantalones. Salí corriendo a hablar con ella. Le pedí que diéramos un paseo, pero de nuevo su inocencia pudo más que nada y me negó la petición. ¡Qué desilusión! Pero no me di por vencido, así que día tras día esperaba a Josefina en la acera de enfrente y le pedía dar un paseo con ella. Hasta el día que aceptó. ¡Finalmente, aceptó!

Después vinieron muchos más paseos. Cada día lo tenía más claro: Josefina, era la mujer de mi vida. Cuando ella cumplió catorce años le regalé un collar. Me gustaba hacerle regalos. Sus ojos se iluminaban y brillaban. Eso me hacía más feliz.

Pero qué felices éramos... Tan sólo ocurrió algo que hizo que me enfadara con Jose, que es como la llamábamos todos. Pero... ¡es que hirió mi orgullo masculino! Llevábamos juntos alrededor de un año y mi hermana, su compañera de trabajo, me dijo que yo no le acababa de gustar porque era muy bajito. Me enfadé muchísimo. ¿Por qué mi altura tenía que ser un inconveniente? No fui a buscarla al trabajo. Esperé a que ella viniera a buscarme, y así fue. Me dijo: Agustín, me perdonas. Yo te quiero mucho. Perdóname. En aquel momento yo la hubiera perdonado encantado, pero... ¡Ay qué tonto fui! Mi orgullo no me dejó. Me resistí. Pero no por mucho tiempo. No podía resistirme a aquella dulce niña. ¿Te acuerdas Jose? ¡Ay! divina juventud... Fue la única discusión que tuvimos. Bueno, sin olvidar aquella en la que Jose quería que le comprara un vestido y yo no quise. Ella se enfadó y yo se lo compré. Como podéis ver, discusiones sin importancia. Eso me gusta porque demuestra la gran complicidad y el gran amor que sentíamos los dos.

Durante los siguientes tres años vivimos momentos muy bonitos. Momentos que se llenan de pequeños detalles y hacen que pasen a nuestro recuerdo como especiales. Cuando ella tuvo 17 años se cumplió uno de nuestros sueños. ¡Nos casamos! Nada me hacía más feliz. Quería compartir mi vida con ella. Se que para ella yo era más que su novio. Me iba a convertir en su amante. Su marido.

La boda fue en Madrid, en San Cayetano, el 27 de julio de 1947. Fue una ceremonia muy sencilla. Fundimos dos pesetas y de ahí salieron nuestros anillos. Jose se vistió de negro, pues en aquella época sólo se vestían de blanco la gente rica. ¡Pero qué guapa, señores! ¡Qué guapa estaba! Sus ojos brillaban de una manera especial y yo me sentía el hombre más afortunado de la tierra. Ese mismo día a las nueve de la noche ya estábamos en el hotel y al día siguiente salimos corriendo a las ocho de la mañana... Por qué creíamos que eran más de las doce del mediodía y que tendríamos que pagar por otra noche más. Te acuerdas, cariño, cómo corríamos... ¡y teníamos toda la vida por delante!

Al año de "salir corriendo" llegó nuestra primera hija, M^a del Pilar, cuatro años más tarde Margarita y, finalmente, diez años después el niño, que lleva mi nombre, Agustín. Durante todo este tiempo vivimos años muy felices. Cuando más cariño nos dimos fue cuando nos trasladamos a vivir a Castellón. Fueron los tres me-

Recordar, compartir, aprender

jores años de nuestras vidas hasta que el cáncer apareció en mi vida, en nuestras vidas. Lo detectaron cuando yo tenía 81 años y Jose 74.

Pasé internado en el Hospital Jaime I cuatro meses, en los que cada noche llamaba a mi mujer para saber si permanecía a mi lado, hasta que una noche dejé de llamarla. No sentí dolor, me dormí y me desperté en un lugar distinto, donde no había estado nunca. Me di cuenta de que ahora miraría desde arriba, a mi mujer, a aquella tímida niña de trece años que había crecido junto a mi. A aquella pequeña revoltosa de seis años que castigaron por cortarle las coletas a una niña por llamarla "Josebasta". Quiero que sepan que no la he abandonado que desde mi pequeño rincón la observo cada día y soy feliz porque se que ella lo es.

Y esta es nuestra historia de amor. Puede que para vosotros no sea distinta, pero para nosotros sí lo es. Es nuestra y nadie más podrá vivirla. Es única y eso la hace especial.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Josefina es una mujer que durante toda su vida ha dado y recibido muchísimo cariño de las personas que la rodean. Ha aprendido a dedicarse a su familia y a sus hijos, y eso le ha llenado muchísimo.

Es muy cariñosa y amable, y al preguntarle qué es lo que merece la pena en la vida su respuesta es: "Que me quieran y querer al todo el mundo". Y esto lo demuestra con hechos. Puede parecer una respuesta simple, pero es algo muy difícil de conseguir, y ella lo ha logrado.

Lo único que le queda por cumplir es poder ir a la sepultura de San Antonio de Padua, que se encuentra el Italia, como fiel creyente que es. Si logra cumplir este sueño, lo compartirá con un compañero de residencia. Rodeada de gente que la cuida y trata muy bien. En la cual se siente querida y ella los quiere a todos.